

# Hacia un Estado Judío en PALESTINA

*SANTIAGO GARRIDO, S. J.*

**D**IARIAMENTE nos está informando la prensa de los disturbios palestinos entre judíos y árabes agudizados desde que el pasado mes de noviembre la Asamblea General de las Naciones Unidas reunidas en Lake Success decretó la repartición en dos Estados, uno judío y otro árabe.

Acogida la decisión de la partición favorablemente por los judíos, encuentra ruda oposición en el mundo árabe que unido en un solo bloque de la Liga Árabe con sede en el Cairo, ha declarado estar dispuesto a ir a la guerra antes de permitir que se lleve a efecto.

Al parecer nos encontramos en el clímax de una larga cuestión cuyos orígenes y vicisitudes principales quisiéramos reseñar a nuestros lectores.

Patente es a todos la suerte de pueblo errabundo reservada al judío desde que las tropas de Tito destruyeron a Jerusalén con su templo el año 70 de J.C. Se cumplía entonces la maldición: «Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos». (Mat. 27,25) que líderes y pueblo pronunciaron para sellar el repudio de Jesucristo que se había presentado a ellos y no sin pruebas como el Mesías prometido y esperado por siglos.

Desde aquel día fatídico el judío quedó condenado al ostracismo sin patria ni rey, sin templo, ni sacerdocio, y su estado constituyó un problema que de tiempo en tiempo han tratado de solucionar persecuciones, a veces sangrientas, como las recientes de Hitler, pero sin positivo resultado.

Últimamente y de parte de los mismos judíos se ha propuesto la solución del *Sionismo* o formación de un Estado Judío y ¿dónde mejor que en la tierra de sus padres de la que vive desterrado?

Muy natural ha sido siempre el anhelo de Israel por volver a la tierra de sus antepasados. Lo procuró a fuerza armada cuando el año 130 trató

bajo pena de muerte, de poder entrar en la ciudad reconstruida y sólo más tarde obtuvieron a fuerza de un tributo el triste privilegio de acudir a lamentarse frente a las murallas del derruido templo, costumbre que ha durado y todavía dura en nuestros días.

Más tarde, Juliano el Apóstata (331—363), por su enemiga al cristianismo, se mostró favorable a los judíos



Adriano de reconstruir a Jerusalén a modo de ciudad pagana, pero fracasó el intento cuando su caudillo Simón Bar Kobeka, reconocido expresamente como el Mesías por el rabí Akiba, el más representativo de su tiempo, fué vencido por Julio Severo y muerto en la fortaleza de Bethar el año 135. Los judíos quedaron excluidos,

y aun les concedió la facultad de reconstruir su templo. Dios impidió el intento con misteriosos globos de llamas que destruían los cimientos y que hicieron desistir del trabajo, según atestigua el Obispo contemporáneo de Jerusalén, San Cirilo, y el escritor pagano Amiano Marcelino.

Aunque nunca extinguido este

anhelo de volver a su tierra, podemos decir que quedó latente hasta fines del pasado siglo.

Quien le había de renovar dándole una forma viable y preparando su cumplimiento con instituciones adecuadas fué el novelista y periodista Teodoro Herzl n. Budapest 12 mayo 1860, m. Erlach, Austria, 3 julio 1904.

El movimiento liberal judío llamado Haskalah, cuyos más significados exponentes fueron Moisés Meldensohn y Hartwig Wessely, había propugnado la asimilación cultural de los judíos al medio ambiente de las naciones en que se encontraban, y en esta dirección consiguieron los judíos franceses, con ayuda del abate Gregoire y Mirabeau, su parificación en sus derechos civiles con los demás ciudadanos franceses, el 27 de septiembre de 1791, y aceptaron de Napoleón la regulación de su culto al igual de las demás religiones del país.

Los judíos vieron en las ideas de la revolución francesa «la más segura garantía del presente y del porvenir del judaísmo y sus miembros», según lo confiesa el sínodo hebreo celebrado en Leipzig el año 1869. Su perspicacia les hacía entrever que al amparo de esas ideas pasarían más desapercibidos en sus actividades aun pagando estas ventajas con la disminución de la conciencia religiosa y racial de algunos de sus correligionarios. Pero asimilarse del todo, diluirse en el medio ambiente, es algo que nunca ha hecho Israel.

A Herzl le tocó ser contemporáneo de las persecuciones de los Zares en Rusia y Polonia y de la animosidad suscitada en Francia contra los judíos por el asunto Dreyffus. Aunque húngaro por nacimiento, se sentía judío

ante todo, y a la vista de la situación ambigua de su pueblo, verdadero problema sin solución adecuada hasta entonces, trató de resolverlo a partir de 1895 en sus dos libros «El Estado Judío» y «La nueva vieja tierra» en los que se presenta como el fundador del Sionismo moderno.

Israel debe volver a la tierra de sus padres para constituirse políticamente en ella y ejercer el brillante papel que antiguas tradiciones y su situación geográfica le señalan entre los dos mundos, el Oriental y el Occidental. La manera práctica de ir a Palestina sería la compra de tierras, para lo cual diseñó la fundación de la «Jewish Company» que en 1901 dió paso a la actual «Keren Kayemet le Israel» por la que en realidad se ha ido gestionando desde entonces la compra de tierras y la inmigración judía en Palestina. Era necesario reavivar la conciencia nacional del pueblo judío y para eso inicia la serie de Congresos Sionistas con el primero de Basilea 1897.

La parificación civil del elemento judío llevada a efecto en mayor o menor escala en casi todas las naciones modernas, abrió a los judíos las puertas de todas las actividades de las naciones con quienes conviven. Uno de ellos, Disraeli, Ministro de la Corona inglesa, lo afirma expresamente: «El judío ha llegado a ejercer en nuestros días sobre los cultos europeos una influencia que tiene algo de prodigioso».

Afirmación que esclarece otra del mismo en carta a Coninsby: «Así que ves, mi querido Coninsby, que el mundo está gobernado por unos personajes muy diferentes de los que pueden imaginarse los que no se encuentran detrás del escenario».

Herzl pudo aprovecharse de esta influencia de los de su raza y se echa de ver desde los principios de toda la cuestión que los elementos directores eran por lo general alemanes, pero ejerciendo su influjo en Londres y desde Londres, sede desde antiguo de una importante agrupación judía (140.000 en 1913) que contaba personas relevantes en todas las actividades de la banca y de la política.

El año de 1903 recibió Herzl con agrado la propuesta del ministro inglés Mr. Joseph Chamberlain de un extenso territorio en el África Central, la meseta de Uasin Gishu, en donde los perseguidos de Israel pudieran considerarse como en terreno propio, pero fué grande su desilusión cuando al presentar la propuesta al 6o. Congreso Israelita reunido en Basilea, fué rechazada como una traición a la idea secular de volver a la Jerusalén de sus añoranzas, de su historia y de toda su tradición.

No se dormían los dirigentes judíos. Gracias a la propaganda de «Los Amigos de Sión» en todo el mundo judío, poco a poco y luchando con la apatía de muchos de sus correligionarios, se fueron fundando las primeras colonias judías iniciadas en 1881 con emigrados rusos y polacos por el Dr. Pinsker y sostenidas en tiempos difíciles por el celo del Barón Edmundo de Rothschild, y cuando en 1817 estaba Jerusalén para caer en manos ingleses, con motivo de un mitin judío en Londres, los judíos provocaron la famosa declaración de Balfour en que este ministro inglés declara solemnemente al Barón de Rothschild: «Que el gobierno de su Majestad considera favorablemente el establecimiento en Palestina de un Hogar Nacional para el pueblo judío y hará todo cuanto le sea posible

para facilitar la ejecución de este proyecto, bien entendido que nada se hará que pueda perjudicar a los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías que existen en Palestina o a los derechos y estatutos de que gozan los judíos en cualquier otro país».

Todas las potencias aliadas se apresuraron a adoptar la mencionada declaración y mientras el mundo no paraba mientes en ello y los árabes se recelaban del sentido que había de darse al Hogar Judío y quedaban asegurados por Winston Churchill en 1921 y en la propia Jerusalén que nada había que temer de la pacífica convivencia de los judíos, sin esperar el 29 de septiembre de 1923 en que entraba en vigor el Mandato confiado a Inglaterra por la conferencia de San Remo, Inglaterra y con ella los judíos se apresuraron al cumplimiento de la prometida formación del Hogar Judío.

Con encargo oficial del Gobierno inglés de prepararlo partía en 1918 desde Londres a Palestina el Dr. Chaim Weizmann, Presidente del Comité Ejecutivo del Sionismo hasta 1925. Sirvióle de colaborador inapreciable otro judío, el propio Comisario inglés de Palestina, Sir Herbert Samuel, en cuyos doce primeros meses de gobierno ingresaron en Palestina 17.000 judíos procedentes de Galitzia, Rumanía y Ucrania.

Había que llenar a Palestina de Israelitas en el menor tiempo fomentando al mismo ritmo su lengua y sus instituciones propias, de manera que hiciesen de hecho de Palestina una tierra tan Israelita como América era americana o Inglaterra inglesa. A este hecho consumado seguiría todo lo demás, es decir, la creación de una República Sionista bajo la tutela de una na-

ción Mandataria, como no se recataron de pedirla la mayoría de los oradores en la Conferencia de la Paz, en la que llama la atención cuántos judíos o emparentados con ellos o públicamente simpatizantes estuvieron presentes.

No tardaron los árabes en percatarse del peligro que entrañaba el nuevo Movimiento Sionista para la secular y pacífica posesión de Palestina y bajo la guía del gran Mufti, Hagg Amin Husseini, presentaron sus reclamaciones a la nación mandataria y Palestina se convirtió desde la declaración de Balfour en campo de agramante de una lucha sorda de disturbios y asesinatos año tras año.

En vano Inglaterra, mientras negaba el derecho del sufragio a la población, árabe en su inmensa mayoría, ha tratado de tranquilizar los ánimos y de armonizar intereses con serenas declaraciones, aseguradoras promesas, comisiones investigadoras e ingeniosos planes y tanteos que uno tras otro se han visto ir al fracaso, hasta el punto de que el gobierno inglés se vió obligado a declarar en 1938 que juzgaba imposible la solución palestina por la división tripartita del país en dos estados y el territorio del mandato de Inglaterra. Sin otro recurso que el de intentar conseguir una mutua inteligencia, se convocaba la Conferencia de Londres para febrero de 1939 en la que ambos partidos prefirieron tratar por separado con Chamberlain que avistarse frente a frente.

La aparición del Libro Blanco inglés sobre la cuestión palestina el 17 de mayo de 1938 marcó un virage de la política inglesa. Inglaterra de favorecedora hasta entonces del Sionismo, pareció ladearse hacia los árabes, quizá

en vista de la segunda contienda mundial que se avecinaba.

A dos se podían reducir las demandas de los árabes: Represión de la inmigración judía y prohibición de la venta de tierras.

Si al tiempo de la declaración de Balfour en 1917, eran los judíos unos 54.000 en Palestina entre unos 500.000 árabes, en 1938, al tiempo de la publicación del Libro Blanco, se contaban ya medio millón entre una población árabe de algo más de un millón, es decir, que mientras los árabes habían aumentado como dos, los judíos lo habían hecho como diez y amenazaban con ese ritmo igualar y aun sobrepasar a la población árabe.

Pues bien, el Libro Blanco establece que para dentro de diez años, es decir para 1948, se constituiría en Palestina un Gobierno independiente formado por árabes y judíos, pero de manera que la población judía quedara siendo como un tercio de la población total. Para lo cual la inmigración judía en el primer quinquenio quedaría limitada a 10.000 por año más 25.000 refugiados, y pasado ese tiempo cesaría del todo sino es con el consentimiento expreso de los árabes.

Vino a satisfacer la segunda demanda de los árabes, a mediados de 1940, ya comenzada la segunda guerra mundial, el decreto sobre la venta de tierras por el que se señalaban tres zonas: una, la central y extrema norte, en la que se prohibía en absoluto la venta; otra formada por una parte de la costa y otra del Norte que dividía la anterior, en la que el Alto Comisario podía conceder el permiso de venta; y por fin una tercera, la costera, desde la

altura de Jerusalén hasta Acre, en que era libre la venta.

Como se comprenderá estas medidas no fueron del agrado de los judíos porque veían que con ellas se les cerraba la puerta para el logro de su república sionista. «No, no, no, tres veces no» fue su réplica. «Nuestra juventud nunca desistirá de reconstruir el país», y el gran rabino de Jerusalén selló estas protestas con una significativa ceremonia, cuando de pié sobre el estrado de la más grande sinagoga de la ciudad, tomó en sus manos el Libro Blanco y lo rasgó en presencia de la inmensa multitud.

Y con ocasión de la venta de tierras, aparte de los cablegramas de protesta notificados a todas las federaciones sionistas del mundo, resonó por los ámbitos de Jerusalén el lúgubre sonido del *shofar* como en los grandes días de ayuno. El pueblo llenó las sinagogas donde se fueron recitando las Lamentaciones de Jeremías y los asistentes en vez de ocupar los bancos se sentaban en el suelo en señal de dolor y penitencia. Cosa igual se hizo en las demás comunidades judías.

Los árabes, por su parte, tampoco quedaron satisfechos del todo, «Más que inmigración debiera haber emigración judía de Palestina». Y si bien hubo su división de opinión favorable al Libro Blanco, todos los demás partidos con el Mufti a la cabeza declararon que «el porvenir de Palestina no depende de un papel blanco o negro sino que estriba única y exclusivamente en la voluntad de la Noble Nación Árabe». El Mufti, sin embargo, al poco tiempo aceptó las condiciones del Libro Blanco e Inglaterra no pudo llevar a cumplimiento el Decreto sobre la venta de tierras.

Hemos dicho que para cuando se dió este decreto (1940) había ya comenzado la segunda guerra mundial. Esto trajo consigo la paralización del asunto palestinese que vamos a aprovechar para decir algo de las realizaciones judías en Palestina hasta nuestros días.

El plan que se habían trazado de consuno los judíos con Inglaterra, aun antes de terminada la primera guerra mundial, era la de formar una nación de hecho en Palestina. Partes integrantes de este plan debían de ser, por lo tanto, en primer lugar, la adquisición de propiedades y el establecimiento en Palestina del mayor número posible de judíos; sobre esto, el desarrollo económico del país y el cultural hebreo del mismo.

Hecho lo cual, el reconocimiento jurídico internacional vendría de su propio peso o costaría poco trabajo el conseguirlo. Los árabes quedarían absorbidos por el número y cultura de los recién llegados o serían expulsados, como no han faltado voces judías que lo han pedido, o retirados al nuevo estado de Transjordania recientemente formado quién sabe si con ese mismo plan.

No cabe duda de que el primer punto de la adquisición de terrenos y establecimientos en Palestina del mayor número posible de israelitas se fué realizando sin mayores obstáculos hasta las limitaciones del Libro Blanco que los judíos tratan de burlar de todos modos e Inglaterra aparece mantener todavía de alguna manera. Las cifras hablan muy alto en este punto. Hoy en 1948 se calcula que son unos 750.000 los judíos entre 1.250.000 árabes, musulmanes la mayoría, pues sólo se cuentan en Palestina 142.000 cris-

tianos de diversas razas y ritos, de entre ellos 71.000 católicos.

Los judíos se han establecido sobre todo en las ciudades. Jerusalén cuenta con 71.000 que constituyen la mayoría de su población; Caiffa, el puerto central de Palestina, tiene 50.000; Jaffa, el otro puerto meridional 14.000; Tiberíades, a orillas del lago de su nombre, 7.000, etc... y han edificado en el puro desierto a Tell-Aviv, ciudad ultramoderna que comenzada en 1911, hoy cuenta una población exclusivamente judía de 150.000 habitantes y es la capital efectiva del movimiento demográfico, industrial, comercial y cultural del moderno Sionismo en Palestina.

También los judíos van dominando el campo. Basta consultar un mapa moderno para advertir nuevos nombres de sabor judío antes desconocidos y aún en lugares hasta ahora enteramente desiertos: Wadi Hawareth, Pin Harod, Tell Yousseff, Gyeva, Kfar-Yehzekel, Bet-Haarava, El Auja, El Yehudiye, etc., etc.

Aprovechándose de la indolencia árabe, de su régimen comunal y falta de medios y de métodos, los judíos han ido comprando las tierras con relativa facilidad y aun cooperación de los mismos árabes, y organizando colonias bajo regímenes capitalistas o socialistas a gusto de los colonos.

Por lo general las colonias van agrupadas estratégicamente en cantones o *gouch* de una superficie media de 3.000 a 3.500 hectáreas; 500 familias son agrupadas en seis o siete poblados. Sobre la periferia del *gouch* se forma el *Kwotsot* o colonias colectivistas organizadas a modo de ciudadelas contra los árabes de la vecindad.

En las 200 colonias agrícolas con una población de unos 100.000 habitantes, el judío deseca, rotura, sana o repuebla el suelo hasta entonces inculto y en cada gesto tiene conciencia de que está reconquistando su patria de un pasado de miseria y humillación.

El desarrollo económico introducido por el inmigrante judío no ha tardado en aparecer. Verdegueantes plantaciones donde antes no había sino espinos de secano; corrientes de agua que van a fertilizar seculares desiertos, hermosas plantaciones de naranjos que pesan ya en el comercio internacional. Modernas escuelas de agricultura preparan y dirigen para su mayor rendimiento el trabajo agrícola y en los centros urbanos se establecen fábricas de género de punto, de confitería, jugo de frutas, tabaco, materiales plásticos, abonos, joyería, etc....

Poderosas centrales eléctricas en el Jordán envían luz y fuerza a grandes sectores del país y la Sociedad de 'potasa del Mar Muerto espera llegar a una extracción de 100.000 toneladas por año.

El movimiento cultural acompaña al económico. En este aspecto el fenómeno más notable ha sido la restauración de lengua viva debido a la tenacidad de un solo hombre Eliezar ben Iehuda, profesor de la Universidad de Odessa, que comenzó por obligar a su mujer, a sus hijos, y después a todos los que le rodeaban a servirse de sólo el hebreo, abandonando su idioma natural, el ruso. Su «*Lexicon totius hebraicitatis*» responde en toda su verdad al nombre de un grandioso diccionario que abarca todas las épocas de la lengua más de treinta veces secular y adaptada o todos los usos de la vida moderna.

Prohibido el uso del *yidisch*, gerga hebreo-germana que evoca penumbras de un pasado humillante, hoy es el hebreo, con el inglés y el árabe, una de las lenguas oficiales de Palestina y la lengua exclusiva de la gran Universidad hebrea en el monte Scopus de Jerusalén y que cuenta con un edificio para su biblioteca de más de 350.000 volúmenes.

Secciones de esta Universidad funcionan en Tell-Aviv; otros colegios y escuelas florecen por todo el país y en Jerusalén hace varios años se instaló el magnífico Museo Arqueológico Palestinese por cuenta de las organizaciones judías. Los diarios y revistas en hebreo se multiplican en proporción sorprendente en Palestina y su literatura cuenta hoy con nombres de reputación universal: Ch. N. Bialix, Scheour, Chernikowski, para no recordar sino algunos nombres.

Pueden completar el cuadro los primeros tanteos de su marina mercante que llevarán la estrella de David a todas las playas y la formación de su ejército de defensa, «Hagana», y la institución terrorista, «Irgun Zwai Leumi»; que cada día oímos mentar en sus luchas con los árabes.

Si la primera guerra mundial fué la ocasión bien aprovechada para la implantación en serio del ideal sionista, la segunda ha ofrecido otra que hábilmente se ha procurado utilizar para su definitiva realización. En ambas ha jugado un papel importante la ayuda financiera prestada por los judíos a las naciones vencedoras.

Desde 1939 en que se celebró el último congreso sionista anterior a la guerra en Ginebra, la cuestión sionista quedó poco menos que olvidada para

el mundo por la segunda y desastrosa guerra mundial. Todavía no habían cesado de rugir los cañones, aunque bien se veía de qué lado se ladeaba la victoria, cuando los judíos reanudan la serie de sus congresos, esta vez en Atlantic City (1944), en Estados Unidos, a donde habían afluído en oleadas desde Europa antes y durante la guerra. Este congreso fué sólo la preparación de otro que había de jugar un papel decisivo en la cuestión palestina de la post-guerra y fué el de Londres del 10. al 19 de agosto de 1945, antes todavía de haberse terminado la guerra con la victoria sobre el Japón.

En el congreso de Londres se ratificó la decisión de Israel de llegar de una vez a la formación del estado judío en Palestina sacando partido de los sufrimientos de los israelitas en Europa a consecuencia de la bárbara persecución hitleriana que, según parece, acabó, en los diversos países sujetos a su influencia, con 5.700.000 de ellos dejando sólo un resto no superior a 1.500.000.

Era de urgencia la formación del Estado Judío y se pedía se tratase de la cuestión en el seno de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) insinuándose a la vez la idea de llevar a Palestina a los judíos europeos sin hogar, unos 325.000, y ¿por qué no, más bien, según proponía el Dr. Isaac Goldnich, Presidente del Sionismo en Nueva York, al millón y medio que quedaba en Europa? Por de pronto Mr. Truman, en carta del 25 de Nov. a Atlee, pedía que enviase a Palestina 100.000 judíos de los concentrados en campos alemanes.

Una comisión anglo-americana de investigación que comenzó a trabajar desde enero de 1946, propohía a los

pocos meses, el traslado inmediato a Palestina de 100.000 judíos dentro de ese mismo año, dejando en la penumbra el destino de otros 400.000 con los que se igualaría la población árabe del país. A lo cual pretendía ayudar Mr. Truman, según parece, cuando, comentando las recomendaciones de la sobre dicha comisión, aludía a una supresión de toda traba inmigratoria.

Ante esto los árabes, cada vez más amenazados e inquietos, acabaron por plasmar su gran Liga Árabe con sede en El Cairo, asociación de todas las Naciones arábigas circunstantes, incluso la recién formada de Pakistán, resueltas a impedir la formación de un estado Sionista en Palestina, aun con la fuerza de las armas si llega el caso.

Entre tanto, los disturbios en Palestina ese año de 1946 arrojaban un saldo de Policías muertos 28, heridos 35; Ejército y Aviación, 45 muertos y 93 heridos; Civiles, 300 entre muertos y heridos. Especialmente activa se mostraba la organización terrorista judía «Irgun Zvai Leumi» que después de la tregua durante el Congreso Sionista de Basilea reunido el 8 de diciembre, reanudó sus represalias ocasionando severas medidas proteccionistas de parte de Inglaterra.

A la vez Inglaterra reprimía en parte la corriente inmigratoria hábilmente organizada y tenazmente continuada por los judíos, capturando varios barcos de inmigrantes y conduciendo a éstos a la isla de Chipre en la que a fines de 1947, había unos 14.000 judíos concentrados.

Una nueva conferencia de Londres de fines de 1946 y principios de 1947, a modo de última tentativa de inteligencia árabe-judía, resulta un fra-

caso e Inglaterra fracasada, según confesión de Churchill y Bevin, en el cumplimiento del Mandato que le confió la Sociedad de Naciones, e invitada al mismo tiempo por los Estados Unidos, transfiere toda la cuestión palestinese a la ONU, dispuesta a acatar sus decisiones. La cuestión se había convertido en una verdadera amenaza de paz para todo el Extremo Oriente y quizá fuera a estallar de ella la chispa de una tercera guerra mundial.

En la primera sesión extraordinaria de la ONU, 28 de abril de 1947, se trató de la cuestión palestina en la que el delegado ruso Gromyko abogó por el fin del Mandato de Inglaterra fracasada en sus gestiones.

Fueron propuestos tres planes: el árabe, de formación de un estado árabe con igualdad de derechos para la minoría hebrea; el inglés-judío, de la división del país en dos estados, árabe y judío; y un tercero, también inglés, rechazado por las dos partes contendientes, de un estado binacional o federativo. Lo único que se decidió fué la formación de una comisión investigadora sobre el mismo suelo de Palestina que expondría sus resultados a la Asamblea General que se reuniría en Septiembre.

Efectivamente la comisión presentó su dictamen el 31 de Agosto a la Asamblea General que encerraba dos soluciones. Una, la de la mayoría a la que pertenecían entre las naciones hispanoamericanas Guatemala, Perú y Uruguay, en favor de dos Estados, uno árabe y judío el otro, bajo una unión económica mutua y con la ciudad de Jerusalén más sus alrededores, incluso Belén, bajo la administración de la ONU. Los dos Estados serían independientes a partir del 1o, de septiem-

bre de 1947, pero primero tendrían que darse una constitución, hacer ciertas declaraciones a las Naciones Unidas sobre ciertas garantías y firmar un tratado de mutua colaboración económica. La solución propuesta por la minoría se reducía a un estado federal independiente con Jerusalén por capital.

Los árabes protestaron abiertamente contra la primera propuesta y los judíos no se mostraron del todo satisfechos con Jerusalén como cabeza desconectada del tronco e invitaron a sus correligionarios a continuar la lucha por una Palestina indivisa y plenamente independiente que tendrá lugar para todos los hebreos.

Por vez primera convenían Rusia y Estados Unidos precisamente en la división de Palestina en dos Estados delante de la comisión investigadora, y llevada la cuestión de nuevo a la Asamblea General fué aprobada y decidida la división el 29 de Noviembre de 1947 por 33 votos favorables, 13 contrarios y 10 abstenciones, entre las cuales la de Inglaterra.

Los judíos saltaban de júbilo; los árabes confirmaron su propósito de oponerse a tal decisión contraria a la Carta del Atlántico y desprovista de todo valor por falta de poderes tanto de Inglaterra en tiempo de su Mandato como ahora de la Asamblea General de las Naciones Unidas; los árabes de todo el mundo lucharían unidos hasta la última gota de su sangre antes de permitir que Palestina entera dejara de pertenecerles.

Estas amenazas reforzadas con medidas militares de todas las naciones

árabes y las cantidades votadas por sus respectivas Asambleas para la lucha contra los judíos, han tenido su efecto en la ONU. La sobredicha Organización se encuentra en una situación embarazada sin saber qué partido tomar. Mientras Rusia urge se lleve a efecto la partición, Estados Unidos la desea, pero sin el uso de la fuerza armada que sería la de un ejército internacional enviado por la ONU.

Entre tanto árabes y judíos luchan, cada día con un total de 1620 muertos desde el día en que se decidió la partición, 27 de septiembre hasta marzo. Inglaterra anuncia una y otra vez su propósito de dar por terminado su Mandato el 15 de Mayo y los jefes de 11 comunidades cristianas de Jerusalén firman una petición conjunta de que, por de pronto, se abandone, en bien de la paz, la partición al mismo tiempo que siete miembros de la Comisión de partición aterrizan en el aeropuerto de Lidda.

Las últimas noticias nos anuncian que la ONU ha desistido de la partición sustituyéndola por un *fideicomiso* a sí misma, a lo que de ningún modo se conforman los judíos firmes en declarar que el Estado Judío provisional comenzará el 16 de Mayo, al día siguiente de que Inglaterra dé por terminado su Mandato. La guerra entre árabes y judíos va tomando cada vez más alarmantes proporciones y nadie sabe el desenlace que tendrá la cuestión o el nuevo aspecto que cobrará dentro de estos pocos días, que parecen los más decisivos.

*Santiago Garza*